

Fantasía y realidad: Villa y Zapata, historia y narrativa

Luis Barrón

Una parte esencial de cualquier democracia es la libertad de expresión. En México esto se sabe bien, pues los costos para quienes trataron de ejercerla antes de que iniciara la transición fueron muy altos. Incluso en plena transición hay quienes han pagado caro el ejercicio de ese derecho, pues las leyes que permitieron a los gobiernos posrevolucionarios limitarlo siguen vigentes. Pero para quienes somos parte de una generación que adquirió su conciencia política después de 1988 (quizá yo la adquirí un poco tarde, debo confesar) es más difícil entender la dimensión del problema.

Efectivamente, la libertad de expresión es parte esencial de cualquier transición a la democracia; nada más hay que pensar en el papel que ésta jugó durante el proceso de la Revolución francesa, el de la Revolución americana o el de cualquier lucha democrática latinoamericana actual. De hecho, el argumento funciona también al revés: en el caso de Venezuela —que sería, por supuesto, un caso de transición, pero hacia el otro lado, hacia el autoritarismo— hemos visto cómo el presidente Hugo Chávez ha hecho importantes esfuerzos por limitar este derecho fundamental. Pero la libertad de expresión va mucho más allá de poder emitir opiniones políticas o de censura sobre las autoridades. Tanto en las revoluciones como en las transiciones pacíficas, la libertad de expresión también se manifiesta en la lucha que se da por la propiedad de la historia una vez que el gobierno autoritario empieza a colapsarse.

El caso de México es un ejemplo arquetípico de esto: durante los años del autoritarismo priísta, el gobierno se proclamó propietario exclusivo de la historia de este país y reprimió a quienes trataron de disputarle esa propiedad o de di-

fundir una versión de la historia diferente a la suya. Los gobiernos priístas siempre recurrieron a la historia como una fuente de legitimidad alternativa a la legitimidad que, en una democracia, dan los votos, y por eso era tan importante su monopolio sobre la historia. En pocas palabras, los presidentes emanados del PRI siempre argumentaron –de manera velada, por supuesto– que su legitimidad provenía de su herencia revolucionaria, no de haber ganado una elección limpia y transparente. De entre los presidentes priístas, Carlos Salinas –cuya legitimidad fue quizá la más duramente cuestionada al momento de asumir su mandato– recurrió siempre a las imágenes de nuestros héroes para justificar sus acciones, como a la de Emiliano Zapata cuando decidió reformar el artículo 27 constitucional, o a la de Venustiano Carranza cuando decidió modificar el artículo 3°. ¹

Cuando el gobierno autoritario comienza a debilitarse, sin embargo, la lucha por la propiedad de la historia no sólo se da entre éste y otros actores que la quieren explotar políticamente. ² La lucha también ocurre entre los diferentes grupos de intelectuales y, mucho más importante, entre la sociedad –que quiere hacer la historia suya– y los políticos o sus intelectuales orgánicos –que quieren sacar provecho político de ella–. Y una manifestación clara del reclamo social por “humanizar” la historia, la podemos encontrar en la popularidad de las novelas históricas.

Es cierto, me parece, que en un país en el que se lee poco, la novela histórica no tiene ni la difusión ni la cantidad de lectores necesarias para arrebatar por sí sola de las garras de los políticos la propiedad de la historia. Las acciones de los candidatos o de los políticos en general –sus discursos en las visitas a los múltiples altares que tiene la Patria, por ejemplo– se difunden mucho más a través de periódicos y noticieros, que definitivamente tienen más

¹ Hay que considerar, por supuesto, que la herencia revolucionaria de Salinas también fue duramente cuestionada luego del rompimiento de la Corriente Democrática con el PRI, que daría lugar, años después, a la fundación del PRD. Por eso, por ejemplo, Salinas invitó a su toma de posesión a Fidel Castro, queriendo mandar el mensaje, creo yo, de que Cuba y México (con el PRI, por supuesto) seguían siendo los países revolucionarios latinoamericanos por excelencia.

² Más que por el apellido del ingeniero Cárdenas, fue en la lucha por la propiedad de la historia que el frente opositor en 1988 decidió autonombrarse “cardenista”, haciendo referencia al pasado glorioso del general Cárdenas.

audiencia. Y, por supuesto, la “versión oficial” de la historia, difundida a través de lo que se les enseña a nuestros niños en la escuela, difícilmente puede tener rival.³ Pero eso no niega que la novela histórica sea un ejercicio concreto de la libertad de expresión, a través del cual los autores tratan de humanizar la historia para hacerla suya –y, esperanzadamente, también de sus lectores–.

Quizás una prueba de ello –y digo quizá porque no conozco ningún estudio serio o estadísticas confiables sobre la popularidad de la novela histórica⁴ es la cantidad de novelas con temas históricos que han aparecido desde que comenzó nuestra transición a la democracia. Tan sólo después del año 2000 la suma de novelas que le quitan el bronce a nuestra historia es tal que, cuando menos para este lector, resulta imposible leerlas todas. Puedo recomendar, sin embargo, *Ángeles del abismo*, de Enrique Serna, basada en un juicio inquisitorial y que retrata nuestra época colonial; *Victoria*, de Eugenio Aguirre, que baja de su pedestal al primer presidente de este país; *El seductor de la Patria*, también de Enrique Serna, que humaniza al demonio que en nuestra historia siempre ha sido Antonio López de Santa Anna; *El álbum de Amada Díaz*, de Ricardo Orozco, que nos da una visión de los últimos años del Porfiriato y los primeros de la Revolución a través del matrimonio entre Ignacio de la Torre y Mier –importante hacendado del estado de Morelos– y Amada Díaz, hija de don Porfirio; *México secreto*, de Francisco Martín Moreno, que se monta sobre las actividades de espionaje de personajes reales durante la Primera Guerra Mundial y la Revolución para darnos una imagen más humana de Venustiano Carranza; y A

³ Como buen gobierno surgido de una elección democrática, el de Vicente Fox tuvo una visión mucho más plural de la historia y trató de evitar –sin lograrlo, creo yo– la difusión de una “versión oficial”. De hecho, en alguna ocasión escuché decir a Javier Garcíadiego, director entonces del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, que la historia que difundía el gobierno debía ser plural, democrática, de todos y para todos. Si bien los libros de texto no mostraron grandes cambios, cuando menos el presidente Fox mandó regalar, a todos los niños en la educación básica, un libro sobre la Revolución –escrito por el mismo Garcíadiego– que definitivamente se aleja de las “versiones oficiales”. Uno puede o no estar de acuerdo con el contenido, pero definitivamente el libro refleja el trabajo y la reflexión de una larga carrera académica dedicada al estudio de la Revolución, y no un acercamiento ideológico al tema. Javier Garcíadiego, *Introducción histórica a la Revolución mexicana*. México, El Colegio de México-SEP, 2006.

⁴ Muy a pesar de lo que dicen los editores cuando ponen cintillos a las novelas que dicen: “50,000 ejemplares vendidos en 9 semanas”, que es el caso de Francisco Martín Moreno, *México secreto. ¿Por qué México fue el detonador de la Primera Guerra Mundial?* México, Joaquín Mortiz, 2002, por ejemplo.

la sombra del Ángel, de Kathryn Blair, que, aunque apareció en 1995, traigo a cuento por ser una de mis novelas favoritas –narra la historia de Antonieta Rivas Mercado, mecenas de importantes artistas e intelectuales durante los años de la posrevolución (como el mismísimo Diego Rivera), amante de José Vasconcelos y vasconcelista hasta las cachas, e hija de Antonio Rivas Mercado, el arquitecto que diseñó la columna del Ángel de la Independencia—.⁵ Pero más allá de mi gusto, o de la calidad literaria de estas novelas, lo importante es que todas convergen en un punto clave: la fantasía se sobrepone a la realidad para hacer más íntimos y más humanos a todos los personajes que los diferentes gobiernos de este país han subido al pedestal –o condenado al purgatorio de nuestra historia– y de los que los políticos siempre han querido sacar provecho.

El punto no es, por supuesto, que la novela histórica, antes de la transición, se conformara siempre con la versión oficial de la historia. Un buen ejemplo de lo contrario es la obra de Jorge Ibarguengoitia, que, ejerciendo valientemente su libertad de expresión en la época de mayor represión, con *Los pasos de López* y *Los relámpagos de agosto* definitivamente humanizó al cura Hidalgo y a algunos personajes de la Revolución mexicana, permitiéndoles tener los vicios, la frivolidad y las debilidades que la historia oficial siempre trató de ocultar para poder “broncearlos”.⁶ El punto es que, a partir de la transición, la novela histórica se ha hecho más frecuente y más crítica de las versiones oficiales; se ha convertido en una manera muy popular de ejercer la libertad de expresión y de recuperar para la sociedad la propiedad de la historia.

Enrique Serna, por ejemplo, explora la historia de los conventos y de las monjas durante la época colonial para disputar la versión oficial –en este caso monopolizada por la Iglesia católica– y decir lo que siempre hemos sabido: quienes han “dedicado su vida a Dios” también son humanos de carne y hueso,

⁵ Esta nada más es una pequeña muestra que abarca algunos de los periodos más importantes de nuestra historia. Enrique Serna, *Ángeles del abismo*. México, Joaquín Mortiz, 2004; Eugenio Aguirre, *Victoria*. México, Joaquín Mortiz, 2005; Enrique Serna, *El seductor de la Patria*. México, Planeta, 2003; Ricardo Orozco, *El álbum de Amada Díaz*. México, Planeta, 2003; Francisco Martín Moreno, *México secreto*. *Op. cit.*; y Kathryn Blair, *A la sombra del Ángel*. México, Nueva Imagen, 1995.

⁶ Muy significativamente, *Los relámpagos de agosto* apareció un año antes en Cuba que en México. Jorge Ibarguengoitia, *Los relámpagos de agosto*. La Habana, Casa de las Américas, 1964; y *Los pasos de López*. México, Ediciones Océano, 1982.

tienen vicios y cometen errores. De la misma forma, Serna utiliza la ficción para narrar la vida de Antonio López de Santa Anna, lo saca de la condena de nuestra historia oficial y lo hace un ser humano como el resto, con fortalezas y debilidades, con los sentimientos y pasiones que nos dominan a todos, a veces, al tomar nuestras decisiones. Eugenio Aguirre y Francisco Martín Moreno suavizan las figuras acartonadas de la historia oficial de Guadalupe Victoria y de Venustiano Carranza, y mezclan también la fantasía con la realidad, exploran los pensamientos íntimos de estos dos personajes y los hacen más humanos, más nuestros –definitivamente una ruta a la que los historiadores no tenemos acceso, lo que nos abre la puerta para seguir la reflexión–.

Arthur Schlesinger Jr., en su nota introductoria a la magnífica biografía presidencial de Thomas Jefferson –escrita por Joyce Appleby–, dice que

la biografía ofrece una educación fácil en [...] historia, haciendo el pasado más humano, más vívido, más íntimo, más accesible, más nuestro. La biografía nos recuerda que los presidentes [por ejemplo] no son súper hombres; nos recuerda que ellos también son humanos, y que se preocupan por tomar decisiones, por atender a sus esposas y a sus hijos [...] y por ponerse los pantalones ‘una pierna a la vez’. En realidad, como argumentó Emerson, propiamente no hay historia, sólo hay biografías.⁷

En este pequeño pasaje, Schlesinger le asigna a la biografía un fin social muy parecido al que le he asignado yo aquí a la novela histórica. ¿Cuál sería entonces la diferencia entre lo que hace un historiador y lo que hace un novelista? Si una novela se difunde más que un libro de historia, ¿por qué no dejar que sean los novelistas los que enseñen historia en las escuelas o, cuando menos, obligar a los maestros a sustituir los libros de texto por novelas? Ahora sí que, como dice el dicho, “ni tanto que quemé al santo, ni tanto que no lo alumbré”.

Joyce Appleby, Margaret Jacob y Lynn Hunt argumentan, en su *Telling the Truth about History*,⁸ que a nivel popular se confunde la fantasía con la realidad

⁷ Joyce Appleby, *Thomas Jefferson*, Nueva York, Times Books, 2003.

⁸ Joyce Appleby, Margaret Jacob y Lynn Hunt, *Telling the Truth about History*, Nueva York, Norton, 1994. Para quien quiera aprender a hacer historia éste es un libro fundamental.

cuando las películas hacen que conspiraciones subterráneas le den forma a eventos históricos y, por lo tanto, al conocimiento público de esos eventos; o cuando los *best-sellers* disuelven la frontera entre los hechos y la ficción permitiendo que la imaginación de los autores –y la de los lectores, por supuesto– vague libremente. Pero que si bien es muy loable dejar que los novelistas ejerzan su libertad de expresión y difundan su versión de la historia, es imprescindible evitar la confusión entre la fantasía y la realidad.

A pesar de que encontrar la verdad histórica es un fin en muchos sentidos inalcanzable, éste sigue siendo el único fin legítimo para el historiador y, desgraciadamente, la persecución de ese fin está regida por reglas a las que, quien empieza esa búsqueda, está irremediablemente sometido. Por eso, la principal diferencia entre el novelista y el historiador es que el primero es enteramente libre cuando ejerce su libertad de expresión, mientras que el segundo tiene el derecho pero está limitado por su compromiso con la verdad; está limitado por su obligación de apegarse a las fuentes, por la de hacer su estudio replicable y por la de apegarse al juicio de otros académicos.

Dos personajes cautivan, como ningún otro y sin lugar a dudas, la conciencia y el imaginario colectivos –sobre todo populares– de este país: Francisco Villa y Emiliano Zapata. Quizá por lo mismo, la confusión entre fantasía y realidad en estos dos casos es particularmente grave. Y por eso creo que estos dos personajes son perfectos para ejemplificar la labor social de la novela histórica y la diferencia entre lo que es fantasía y lo que es realidad.



Actualmente es muy difícil imaginar a un grupo organizado que quiera cuestionar la legitimidad del gobierno y que utilice para hacerlo la imagen o el nombre de Venustiano Carranza, de Plutarco Elías Calles, de Álvaro Obregón o, incluso, de Miguel Hidalgo o José María Morelos, por ejemplo. ¿Se podría imaginar a un grupo de trabajadores –o empresarios, da igual– que marchara hoy por las calles de la ciudad de México utilizando el nombre o la imagen de alguno de estos personajes históricos? ¡Incluso se antoja difícil imaginar a un grupo que, utilizando el nombre de Francisco Madero, marchara hoy por las calles pidiendo un cambio democrático! A nadie sorprende, sin embargo, que

grupos populares ejerzan su libertad de expresión y utilicen las imágenes de Francisco Villa y de Emiliano Zapata para enfrentarse al gobierno –y ahí están el Ejército Zapatista de Liberación Nacional o el Frente Popular Francisco Villa para probarlo–.⁹ En los casos de Villa y Zapata es fácil ver la lucha que se da entre la sociedad y el gobierno por la propiedad de nuestra historia –y dentro de la sociedad, entre los historiadores y los novelistas–.

Sobre estos dos personajes ya tenemos magnas biografías académicas. Las obras de John Womack Jr. sobre Emiliano Zapata¹⁰ y de Friedrich Katz sobre Francisco Villa¹¹ se convirtieron, muy poco tiempo después de su primera edición, en clásicos de la historiografía de la Revolución mexicana y siguen siendo, junto con el trabajo de Stanley Ross sobre Madero, las únicas biografías académicas sobre los personajes principales de la Revolución.¹² Pero aunque la novela de la Revolución es extensa –basta recomendar como buenos ejemplos los libros clásicos de Martín Luis Guzmán–¹³ no habían aparecido, desde el inicio de la transición, novelas basadas en las vidas de estos caudillos. *Pancho Villa. Una biografía narrativa*, de Paco Ignacio Taibo II,¹⁴ y *Zapata*, de Pedro Ángel Palou,¹⁵ vinieron a llenar, en parte, ese espacio, y creo que vale la pena analizar, a partir de estos dos libros en particular, tanto las convergencias como las divergencias entre la historia, la biografía y la novela.

En el caso de los estudios académicos, tanto Friedrich Katz como John Womack Jr. lograron lo que todo historiador que se mete de biógrafo debe lograr

⁹ Hay otros “héroes de bronce” que se han utilizado con esos fines, por supuesto. Quizá el mejor ejemplo sea el general Lázaro Cárdenas, que ha servido como padrino de distintos partidos o movimientos políticos de oposición y de centrales campesinas y obreras independientes.

¹⁰ John Womack, Jr., *Zapata and the Mexican Revolution*. Nueva York, Vintage Books, 1968. Otro trabajo interesante sobre Zapata, mucho más reciente, es Samuel Brunk, *Emiliano Zapata: revolution and betrayal in Mexico*. Albuquerque, University of New Mexico Press, 1995.

¹¹ Friedrich Katz, *The Life and Times of Pancho Villa*. Stanford, Stanford University Press, 1998.

¹² No tenemos todavía biografías académicas completas sobre Carranza, Obregón, Calles ni Cárdenas, por ejemplo. La clásica de Madero es la de Stanley Ross, *Francisco I. Madero. Apostle of Mexican Democracy*. Nueva York, Columbia University Press, 1955.

¹³ Las dos más conocidas son, por supuesto, *La sombra del caudillo*. México, Ediciones Botas, 1938; y *El águila y la serpiente*. México, Editorial Anáhuac, 1941.

¹⁴ Paco Ignacio Taibo II, *Pancho Villa. Una biografía narrativa*. México, Planeta, 2006.

¹⁵ Pedro Ángel Palou, *Zapata*. México, Planeta, 2006.

—y aquí marco mi distancia con la posición de Arthur Schlesinger Jr. citada más arriba—. Una biografía ciertamente debe hacer a un personaje más humano, sobre todo en el sentido de hacerlo más real y de bajarlo del pedestal para que el lector lo pueda juzgar. Precisamente por eso, la biografía no puede ser sólo eso: un relato sobre la vida de una persona. Una buena biografía académica debe aspirar a abrirnos la puerta para entender una época. El historiador, en su búsqueda de la verdad, tiene que, irremediabilmente, completar con su análisis los huecos que hay acerca de su personaje en el registro histórico, y para ello tiene que entender la época que vivió el biografiado. Al hacerlo, el historiador nos abre la puerta a los lectores para que “vivamos” también esa época. Por eso, tanto Katz como Womack aspiraron a mucho más que la biografía y principalmente por eso sus biografías son ahora clásicos de la historiografía de la Revolución, y no sólo de la historiografía sobre Villa y Zapata. Sus títulos, en este sentido, son elocuentes: en el caso de Katz no se trataba sólo de estudiar a Pancho Villa, se trataba de *La vida y los tiempos de Pancho Villa*; y en el caso de Womack no se trataba sólo de Emiliano Zapata sino de *Zapata y la Revolución Mexicana*.

Cuando uno analiza cómo están estructurados estos dos libros académicos, lo primero que queda claro —aunque no sea aparente en los índices— es que, para entender quiénes fueron Villa y Zapata, hay que entender primero cómo eran Chihuahua y Morelos en los tiempos de don Porfirio, y cómo habían llegado a ser así. Katz dedica una parte muy significativa de su obra a entender la historia de Chihuahua y de su gente; de las colonias militares y de los ranchos que fueron su herencia; y del carácter independiente de quienes lucharon para establecer una frontera entre la civilización y la barbarie en el norte de México. Womack, por su parte, hace lo mismo con Morelos: teje el relato sobre la vida de Zapata con lo que él considera que es esencial en la historia de ese estado, la importancia de las haciendas y de la economía de plantación para la industria azucarera, la historia de los pueblos y de su conflicto con las haciendas y, en este caso, la importancia del sistema político porfirista, pues para entender el levantamiento zapatista es indispensable entender la centralidad de la lucha política partidista durante la elección para gobernador en Morelos que tuvo lugar en 1909.

De la misma manera, uno puede darse cuenta, inmediatamente, de lo cuidadoso que fue este par de historiadores en cuanto a respetar los cánones de la profesión: la cantidad de notas para respaldar cada una de sus afirmaciones es tal que muchas veces distrae la atención del lector y hace la lectura pesada. No sólo se trata de dar crédito a quienes trabajaron el tema con anterioridad –obligación irrenunciable para todo académico con ética–. Incluso cuando Womack narra al inicio de su libro la elección de Zapata como líder y dice, por ejemplo, que “El viejo estaba a punto de hablar, y el grupo de campesinos esperando debajo de las arcadas detrás de la iglesia del pueblo guardó silencio para oírlo”; o cuando relata la muerte de Emiliano y dice que “Entre ruido y empujones el cuerpo de Zapata fue llevado a la estación local de policía”,¹⁶ no está utilizando meros “recursos literarios” o “buena pluma” para hacer placentera la lectura –algo que, aunque importante para la difusión del conocimiento, es un objetivo que las más de las veces se vuelve secundario para el que, como decía don Luis González, escribe novelas verdaderas–. Womack, como buen historiador, se basa en fuentes para poder afirmar que los campesinos guardaron silencio, o que efectivamente hubo ruido y empujones entre la multitud que siguió el cuerpo del líder acribillado. Es verdad, tanto él como Katz se aventuran a dar explicaciones y a hacer análisis en distintos momentos –lo que hace la diferencia entre un historiador y un narrador–, pero no sin antes hacer la narración siempre apegados a las fuentes, de modo que su estudio pueda replicarse y sus explicaciones y análisis debatirse, dejando a otros historiadores –y al lector lego, por qué no– la libertad de interpretar las mismas fuentes de manera distinta. Ésa es la esencia de un trabajo académico.

Katz termina transmitiendo la imagen de un Pancho Villa que es, indudablemente y ante todo, un líder popular –tanto por su extracción social como por sus objetivos y por la cantidad de sus seguidores–; un genio militar que, sin embargo, era muy capaz de cometer errores –que al final fue superado por Obregón porque no era infalible o porque, como ser humano, también tenía orgullo y soberbia–; un hombre a veces impasible –capaz de asesinar a sangre fría– y a veces sentimental hasta el punto de lo ridículo –como para llorar ante

¹⁶ Womack, *op. cit.*, pp. 3 y 327. Todas las traducciones son propias.

la menor provocación–; un hombre sumamente honesto –a veces por convicción y a veces simplemente por ignorante– y mujeriego como todo buen macho. Pero más importante es que Katz construye una explicación de por qué fue posible la revolución en Chihuahua –argumentando como nadie lo había hecho, por ejemplo, la importancia del problema agrario en el norte de México, un problema que en buena parte de la historiografía se había circunscrito a los levantamientos sureños–; pero también de por qué fracasó –explicando con detalle el funcionamiento de la División del Norte y el error central de Villa, que pospuso el reparto agrario hasta que se ganara la guerra–; de por qué los hombres y mujeres que siguieron a Villa lograron, literalmente, arrollar a México; y de por qué Villa logró influir de manera determinante en la historia del siglo XX mexicano –a pesar de su fracaso personal como revolucionario–.

Womack, de manera similar, transmite no sólo la imagen de un Zapata líder popular –siempre campesino, honesto de manera casi inverosímil, sin ambiciones de poder nacional y convencido de que su lucha era sólo por restituir los derechos de la gente de Morelos–; de un guerrillero que siempre se negó a posponer el reparto agrario –lo que limitó severamente el poderío de su Ejército Libertador del Sur y lo que explica en buena medida sus fracasos militares–; de un negociador incapaz, por intransigente, cuando se trataba de su lucha por restituir el poder de su gente. Womack también explica el por qué de la revolución del sur –explicación que va mucho más allá del problema agrario, pero que confirmó que los zapatistas eran campesinos que básicamente “veían para atrás”, queriendo revivir un México que ya no existía–; el por qué de los fracasos y del alejamiento de Villa, pero también de la enorme influencia zapatista en el México posrevolucionario.

Precisamente por estas explicaciones, los libros de Katz y de Womack son clásicos de la historiografía de la Revolución. No se hicieron clásicos porque nos hayan dejado una historia fiel –quizá la primera basada en magnas investigaciones de archivo– de las vidas de Villa y Zapata, sino porque estas explicaciones hubieran sido imposibles sin el trabajo puntillioso basado en fuentes que las precede. Tanto uno como otro pudieron “aventurarse” a explicarnos –a enseñarnos, pudiéramos decir– la historia de la Revolución mexicana porque siempre se mantuvieron dentro de los cánones de su profesión.

En cambio, por razones diferentes –que, como veremos, pueden ser muy justificables–, Taibo II y Palou toman rutas distintas. Ambos se centran sólo en los personajes –narrando sólo su vida– lo que hace muy difícil para el lector “entrar” en la época de la Revolución mexicana. Como lo implicué antes, como buenos escritores, ambos “humanizan” a los personajes (en muchos sentidos les dan vida), pero no necesariamente trabajando con fuentes, sino con su imaginación y con la habilidad de sus plumas.

La novela de Palou es sobre Zapata; y no lo esconde, desde la parquedad de su título, *Zapata*, que contrasta inmediatamente con el de Womack y con la organización de su trabajo académico. La novela de Palou no se trata de la Revolución mexicana ni de explicarla: en todo caso es tangencial para la historia que nos narra, y a pesar de que la editorial implica que es más que una novela –pues en la contraportada veladamente dice que el libro aspira a transmitir una verdad– el autor nunca lo dice así, cumpliendo con aquello de dejar libre su imaginación para ponerle carne a los huesos de Zapata. En *Zapata*, que empieza también con la narración de su elección como *calpulelque* de Anenecuilco pero que termina con el asesinato del líder campesino –opuesto a todo el análisis que Womack hace de la herencia zapatista–, Palou narra, por ejemplo, que después de trabajar con uno de los caballos de don Ignacio de la Torre y Mier, yerno de don Porfirio, Zapata se ve involucrado en la siguiente escena:

Don Ignacio lo sigue [a Zapata]. Pasa el cerrojo [...] Entonces el hombre lo abraza por detrás. [Zapata] siente la carne de don Ignacio sobre su espalda, el calor de su miembro detrás de su cuerpo, la fuerza de los brazos que lo maniatan. El aliento del hombre, su beso en el cuello. Ignacio de la Torre le tira el sombrero de un manotazo y acaricia su cabello. Emiliano logra zafarse del abrazo, lo voltea, le afloja el cinto y le baja los pantalones con rabia, enfurecido.

Hunde su miembro entre las nalgas del hombre. Estrella todo su cuerpo contra la carne blanca y peluda del hacendado. Arroja y arremete: su furia y su fuerza y toda la rabia en cada empujón hasta que se deja ir en un río que es también angustia y desesperación. Río de polvo y sangre, río de contrarios en unión. Quiere golpearlo, pero no puede, la rabia se convierte en ternura o en algo parecido. Es un sentimiento que no alcanza palabra para expresarse. El hombre lo besa. Emiliano,

confundido, alcanza a abofetearlo, una, dos veces. De los labios del hombre escurre un líquido, brota un hilillo de sangre.

Grandísimo cabrón, le grita Emiliano.¹⁷

No dudo que Palou haya revisado fuentes originales, o que conozca a fondo la historiografía sobre Zapata, pero este pasaje, por supuesto, no es producto del trabajo con fuentes, sino de la imaginación. El novelista histórico *tiene* que trabajar con fuentes, pues eso es precisamente lo que lo inspira (creo), pero ciertamente este pequeño fragmento –que quizá como ningún otro en la novela contribuye a “humanizar” al personaje–, a pesar de lo bien documentada que pueda estar la homosexualidad de Ignacio de la Torre y Mier,¹⁸ no tiene nada que ver con la realidad histórica de los personajes. En este pasaje queda claro cómo un novelista, en una democracia, puede ejercer sin límites su libertad de expresión;¹⁹ cómo la fantasía se sobrepone a la realidad –en muchos casos hasta oscurecerla–; y cómo, en la novela, se puede perder la frontera entre la fantasía y la realidad, y entre la función social de la novela histórica –humanizar la historia, hacerla íntima– y la función social de la historia –difundir conocimiento–.²⁰

Aunque Palou termina transmitiendo, igual, la imagen de Zapata como un verdadero líder popular, honesto e intransigente y sin ambición de poder, lo hace de una forma completamente distinta a la de Womack. En su caso no son las fuentes lo que le permiten hacer a Zapata un hombre que sueña, que va al baño, que tiene vicios y debilidades –en pocas palabras, un ser complejo, verdaderamente humano–, sino su imaginación y la habilidad con la que nos cuenta su historia. Y quizá podríamos aventurarnos a decir que es gracias a esa imaginación y a esa habilidad que tiene éxito en la difusión.

Por su parte, Taibo II hace algo completamente distinto, que es mucho más difícil de juzgar, pues, en su caso, se niega de entrada que el libro sea una

¹⁷ Palou, *op. cit.*, p. 39.

¹⁸ Era muy conocida en la época la homosexualidad de Ignacio de la Torre y Mier. De hecho, en *El álbum de Amada Díaz*, Ricardo Orozco también la explota literariamente.

¹⁹ ¿Se imagina, lector, este pasaje publicado durante la presidencia de Luis Echeverría?

²⁰ Hay muchas formas de producir conocimiento, sin embargo. La academia, ciertamente, no tiene el monopolio sobre eso.

novela. En este sentido, su título también es elocuente: *Pancho Villa. Una biografía narrativa*. Es decir, el libro no es una novela, pero ¿qué es exactamente una biografía narrativa? La respuesta, para mí, está en las siguientes líneas:

El pasado es esa caótica historia que se lee conflictivamente desde el hoy y obliga al historiador medianamente inteligente a contar y no a juzgar, a no masticar, ordenar y manipular la información para cuadrarla a una hipótesis. Sobre todo, a no censurar. Que el lector asuma la interpretación, el juicio de la historia, la afinidad, el amor o la reprobación. Ésa es su responsabilidad.²¹

Si entiendo bien –y concedo que puedo estar equivocado–, Taibo II, por un lado, se impone a sí mismo la restricción que todo historiador debe poner a su imaginación pero, por el otro, deja entrever su desprecio por los historiadores, autonombrándose a lo largo del libro “el narrador”. ¿Qué hace un narrador? De acuerdo con Taibo II, la diferencia es que un historiador interpreta y hace cuadrar la información a una hipótesis. Un narrador, en cambio, sólo utiliza las fuentes para “narrar” una historia, dejando que el lector haga la interpretación y cadre, si quiere, su propia hipótesis.

El problema es que, a lo largo del libro, el lector se encuentra con un sinnúmero de explicaciones, interpretaciones e hipótesis, mismas que no están “amarradas” a las fuentes, y que no cumplen, por lo tanto, con las exigencias que tiene un historiador, lo que efectivamente deja al trabajo de Taibo II a la mitad del camino. Cuando dice, por ejemplo, que “el maderismo era ese eufórico movimiento de clases medias un tanto tímidas y un algo ilustradas que pretendía sacar del poder a Porfirio Díaz”,²² o cuando narra cómo Pancho Villa desarmó a los contingentes liberales que pretendían separarse de Madero al inicio de la revolución, y dice que “Esta historia, que ha de pasar sin pena ni gloria en la crónica tradicional villista, es fundamental, significa la ruptura personal, el odio encanijado, la confrontación permanente e histórica de Villa con el otro sector radical de la revolución”,²³ o cuando dice que

²¹ Taibo II, *op. cit.*, p. 12.

²² *Ibid.*, p. 51.

²³ *Ibid.*, p. 73.

El constitucionalismo no era un proyecto político desenvuelto en militar, era la reacción militar al golpe de Huerta, que no creó disidencia política significativa, no había habido un prólogo de movimientos civiles, combates en la prensa, huelgas obreras o movilizaciones estudiantiles. La revolución, desde sus inicios, se había expresado como resistencia armada, pueblo en armas. En esa medida era justo que los que representaban a ese pueblo en armas fueran los que decidieran el destino de la revolución.²⁴

¿No está interpretando y juzgando? ¿Acaso no está “masticando” y “ordenando” información? Cuando dice que “Más bien, parece que el asesinato de Paulino [Martínez] tenía por objeto meter una cuña entre la División del Norte y los zapatistas”,²⁵ ¿no está queriendo “cuadrar” una hipótesis?

Taibo II no esconde nunca su desprecio por los historiadores y su “mundillo”.²⁶ Acusa, por ejemplo, al historiador inglés Alan Knight –puntilloso como el que más, por cierto, al trabajar con las fuentes, al hacer análisis y al hacer sus trabajos replicables para someterse al juicio de sus pares– de tener “arranques de facilismo” frecuentes y de equivocaciones “totales”,²⁷ a Enrique Krauze, de “superficial” y de caer en “todas las trampas de los lugares comunes”,²⁸ a John Womack, de ignorar sobre el villismo todo lo que sabe sobre el zapatismo,²⁹ y a decenas de historiadores locales, nacionales y extranjeros (excepto a Jesús Vargas, Rubén Osorio y Friedrich Katz, faltaba más), de no conocer ni entender Chihuahua, ni La Laguna (excepto a Pedro Salmerón, en este último caso),³⁰ pero no se apega a las fuentes ni las cita (por más que haga “resúmenes comentados” de ellas al final de cada capítulo), ni hace un trabajo replicable, ni, por supuesto, le interesa someterlo al juicio de sus pares. Para Taibo II, en el

²⁴ *Ibid.*, p. 423.

²⁵ *Ibid.*, p. 463.

²⁶ *Ibid.*, p. 500.

²⁷ *Ibid.*, pp. 57, 111.

²⁸ *Ibid.*, p. 500.

²⁹ *Ibid.*, p. 376.

³⁰ *Ibid.*, p. 443. No cita, ni incluye en su bibliografía, el estupendo trabajo de William Meyers sobre La Laguna, por ejemplo. William Meyers, *Forge of Progress, Crucible of Revolt. The Origins of the Mexican Revolution in La Comarca Lagunera, 1880-1911*. Albuquerque, University of New Mexico Press, 1994.

mundillo de los historiadores, “los lugares comunes sustituyen la investigación de los hechos”,³¹ una afirmación extraña para quien, desde el principio, dice que se limitará a “narrar”.

Pancho Villa. Una biografía narrativa no trata de explicar una época, y aunque Taibo II efectivamente sea de los pocos que entienden Chihuahua y La Laguna, no abre la puerta a los lectores para vivirla y conocerla. Al final, aunque después de muchas coincidencias con Katz, termina haciendo una historia oficial, pero no desde o para el gobierno, sino desde y para el villismo. El retrato de Villa que se desprende del libro es el de un héroe sin defectos, al que todo se le justifica; el de un genio militar derrotado en un golpe de mala suerte o por culpa de los gringos, que lo engañaron y le vendieron “balas de palo”,³² que estaba rodeado de súper hombres que, a pesar de estar heridos, cansados y sin municiones, jamás abandonaron el campo de batalla.³³

No hay ninguna duda de que Paco Ignacio Taibo II haya trabajado las fuentes ni de que conozca a fondo la historiografía sobre Villa. De hecho, con la sensibilidad de todo buen escritor, utiliza las fuentes no tradicionales con mucho sentido,³⁴ y con la gala de su excelente pluma hace que el lector recorra las casi 900 páginas de texto sin pestañear, queriendo que no termine la noche para no tener que dejar el relato. De hecho, el libro está escrito más como novela, con capítulos cortos –que se le acomodan a un lector lego–, y no en capítulos largos –organizados alrededor de hipótesis–, lo que sería propio en un trabajo académico, que trata de analizar y explicar una realidad, y no sólo “narrarla”.

Por todo esto, el trabajo de Taibo II, en muchas de sus partes, hace que el lector fácilmente confunda la fantasía con la realidad, y definitivamente contribuye más a difundir una imagen más humana –aunque no más verdadera– de Pancho Villa, lo que es un objetivo muy loable, pero apropiado para la novela histórica y no para la historia a secas.

³¹ Taibo II, *op. cit.*, p. 11.

³² *Ibid.*, capítulo 43.

³³ *Ibid.*, p. 510.

³⁴ En esto, definitivamente, no contó con la ayuda de la casa editorial, pues las fotografías que analiza, muchas veces de manera impecable, se reproducen en un tamaño tan reducido que el lector difícilmente puede apreciarlas.

En alguna ocasión escuché a Friedrich Katz decir que la historia también es novela, y que la mejor forma de vivir esa novela es a través de la lectura de las novelas históricas. No podría estar más de acuerdo. La conjunción entre libertad de expresión, imaginación y talento literario brinda a la sociedad la mejor oportunidad para humanizar la historia, para hacerla más íntima y más nuestra, para arrebatársela a los políticos que sólo quieren sacar provecho de ella. Pero también, como diría don Luis González, no hay que perder de vista la diferencia entre las novelas y las novelas verdaderas.

APÉNDICE BIBLIOGRÁFICO. FANTASÍA Y REALIDAD EN LA HISTORIA DE MÉXICO

La siguiente bibliografía está ordenada en pares, de modo que el lector interesado pueda leer las novelas históricas que se mencionan en el texto a la par que revisa trabajos en español que tratan académicamente los temas.

La Inquisición, las monjas y los santos en la época colonial

Enrique Serna, *Ángeles del abismo*, México: Joaquín Mortiz, 2004.

Antonio Rubial García, *Profetistas y solitarios: espacios y mensajes de una religión dirigida por ermitaños y beatas laicos en las ciudades de Nueva España*, México: FCE-UNAM, 2006.

Miguel Hidalgo y la guerra de Independencia

Jorge Ibarguengoitia, *Los pasos de López*, México: Ediciones Océano, 1982.

Carlos Herrerrón Peredo, *Hidalgo. Razones de la insurgencia y biografía documental*, México: SEP, 1987.

Guadalupe Victoria, primer presidente de México

Eugenio Aguirre, *Victoria*, México: Joaquín Mortiz, 2005.

Lillian Briceño, Laura Solares y Laura Suárez de la Torre, *Guadalupe Victoria: primer presidente de México*, México: SEP-Instituto Mora, 1986.

Antonio López de Santa Anna

Enrique Serna, *El seductor de la Patria*, México: Planeta, 2003.

Enrique González Pedrero, *País de un solo hombre: el México de Santa Anna*, México: FCE, 2 vols., 1993-2003.

El fin del Porfiriato y el inicio de la Revolución

Ricardo Orozco, *El álbum de Amada Díaz*, México: Planeta, 2003.

Hans Werner Tobler, *La Revolución mexicana. Transformación social y cambio político, 1876-1940*, México: Alianza, 1994.

La Revolución mexicana: la lucha armada

Jorge Ibargüengoitia, *Los relámpagos de agosto*, México: Joaquín Mortiz, 1965.

Alan Knight, *La Revolución mexicana: del porfiriato al nuevo régimen contitucional*, México: Grijalbo, 1996.

La Revolución mexicana: el espionaje y la Primera Guerra Mundial

Francisco Martín Moreno, *México secreto. ¿Por qué México fue el detonador de la Primera Guerra Mundial?*, México: Joaquín Mortiz, 2002.

Friedrich Katz, *La guerra secreta en México. Europa, Estados Unidos y la Revolución mexicana*, México: Era, 1998.

Pancho Villa y la Revolución mexicana

Martín Luis Guzmán, *El águila y la serpiente*, México: Editorial Anáhuac, 1941.

Paco Ignacio Taibo II, *Pancho Villa. Una biografía narrativa*, México: Planeta, 2006.

Friedrich Katz, *Pancho Villa*, México: Era, 2 vols., 1998.

Emiliano Zapata y la Revolución mexicana

Pedro Ángel Palou, *Zapata*, México: Planeta, 2006.

John Womack, Jr., *Zapata y la Revolución mexicana*, México: Siglo XXI, 1969.

José Vasconcelos en los años de la posrevolución

Kathryn Blair, *A la sombra del Ángel*, México: Nueva Imagen, 1995.

Alfonso Taracena, *José Vasconcelos*, México: Porrúa, 1982.*

Álvaro Obregón: el caudillo de la Revolución

Martín Luis Guzmán, *La sombra del caudillo*, México: Ediciones Botas, 1938.

Pedro Castro, *A la sombra de un caudillo: vida y muerte del general Francisco R. Serrano*, México: Plaza y Janés, 2005. ❧

* La biografía de Vasconcelos, escrita por Taracena, no es un trabajo académico, pero todavía no existe un trabajo académico sobre el tema.